

- Historia de mis abuelos: Tomás e Isabel -



Tomás Avellaneda serrano e Isabel Porlan Navarro

Me llamo Raquel Avellaneda Terragni, soy nieta de murcianos: Tomás Avellaneda Serrano e Isabel Porlan Navarro, e hija de Tomás Avellaneda Porlan, sexto hijo de esa unión, y de Norma Terragni.

Comienzo este relato con el corazón emocionado por poder contar todo el amor que nos brindaron mis abuelos, y una familia grande, feliz, unida; cada rincón de su casa nos daba un poquito de felicidad, a pesar de su piso de cemento, de su pico de agua en el patio y no en la cocina, de su único dormitorio dividido por una cortina, pero en el cual dormíamos cuando les pedíamos por favor a nuestros padres que nos dejaran quedar allí, a pesar de vivir tanta gente en la casa.

Corría el año 1907 aproximadamente, cuando don Bartolomé Avellaneda, mi bisabuelo, casado con doña María Serrano, viajaron de Murcia a Brasil con su hijo Tomás, mi abuelo, que entonces tenía catorce años, y sus otros hijos: María, Mariano, Ana y Miguel. No supimos cuáles fueron los motivos ni en qué condiciones llegaron a territorio americano, pero creemos que la causa fueron las carencias que estaban pasando en su tierra.

El abuelo Tomás, en Brasil, trabajaba en plantaciones de café, y la abuela Isabel nos contaba que fue muy dura su vida allá, ya que vivían prácticamente en conventillos, espacios pequeños, poco higiénicos, separados con palos y pajas, donde cada familia los habitaba como podía. Trabajaban como esclavos en las “fazendas”, que eran como quintas donde sembraban distintas variedades de semillas. Fue tan terrible para la familia de mi abuelo, que finalmente, una noche decidieron escapar y así llegaron a la Argentina, a Córdoba, ya que les habían dicho que aquí se vivía mejor.

Mi abuela Isabel, trabajaba con su padre en la feria a los siete u ocho años, en un lugar llamado Rambella de San Lázaro, en Lorca. Allí vendían una variedad de artículos para ganarse el sustento. Tenía nueve años cuando emigró con sus padres a Brasil.

Mi abuela siempre se acordaba de su querida Lorca, y decía que su vida era una gran historia para ser contada y escribir un libro. ¿Qué diría hoy si me viera buscando relatos para armar la historia de sus vidas?, sobre todo mi papá, que murió sin conocer

su queridísima España, a la que llevaba en el alma, como si hubiera nacido en esa tierra lejana separada por el Atlántico.

No sé cómo se conocieron mis abuelos en Córdoba, pero sí sé que se casaron en el año 1917, cuando ella tenía veinte años y él veintitrés. El abuelo trabajaba en el ferrocarril, y la abuela lavaba y planchaba para afuera.

Tuvieron siete hijos: María, Isabel, Josefa, Herminia, Bartolo, Tomás (mi papá) y Carlos, eran muy pobres, pero nunca les faltó para comer, aunque a veces, para cenar, sólo tenían una taza de mate cocido, que nunca faltaba en su casa. Mis tías cosían, guiadas por María, que se había recibido de modista. Hacían vestidos de novia, trajes y muchas otras cosas.

Al tiempo mi abuelo dejó el ferrocarril, y comenzó a vender carbón con la ayuda de los hijos varones. Tenían un carro que utilizaban para repartir el carbón y para salir a pasear o visitar familiares en Camino a 60 Cuadras, los que posteriormente se fueron a vivir a Despeñaderos, donde todos los 21 de noviembre se celebraba la famosa Fiesta de San Andrés.

La entrada de la casa de los abuelos era toda de ligustrinas, bien recortadas por él, y no permitía que nadie las tocara, ya que eran casi como una pared; si alguno de los nietos llegaba a romperlas, los corría con la manguera!

Cuenta mi madre, que cuando ella fue por primera vez a la casa, siendo ya novia de papá, le llamó la atención que la puerta del comedor que daba al patio era grande, y tenía una pequeña ventana. Preguntó para qué era esa ventanita y le contestaron que por allí el bisabuelo Bartolomé sacaba la escopeta para matar vizcachas y liebres, ya que esa zona antes era de monte.

La cocina era chiquita, pero muy acogedora. Ahí se tomaba mucho mate, el hornito siempre estaba encendido y la pava con agua calentita, porque si de algo hay que acordarse de la abuela, es que siempre llevaba el mate en la mano. Te lo ofrecía con tanto amor, que cada vez que acuerdo de ella, se me llenan los ojos de lágrimas.

A todo esto, el abuelo miraba televisión, y nosotros, que éramos muy chicos, nos parábamos frente al aparato y le hacíamos burla. Él nos corría, diciéndonos que no quería vernos más. Era un poco gruñón, pero muy bueno. Lo que ocurría era que se cansaba con nuestras travesuras.

Cuando los abuelos cumplieron cincuenta años de casados, hicieron una fiesta tan grande que estaba prácticamente todo barrio Talleres presente. Los Avellaneda eran muy conocidos, ya que todos vivían en ese lugar, y sobre todo, porque vendían carbón.

Cómo sería de unida nuestra familia, que cuando el abuelo se enfermó, y la abuela ya no lo podía atender de noche porque ambos eran muy viejitos, los hijos, nueras y nietas políticas hacían guardia durante la noche para cuidarlo, y en la puerta del dormitorio estaba anotadas, día a día, las personas que lo cuidarían esa semana, ¡cómo en un hospital!.

Nunca olvidaré los “domingos de arroz con pollo”, que era la comida clásica de la abuela. Esa sartén grande, en la que a medida que iban llegando a la casa, la abuela

agregaba un poquito más de arroz para que así alcanzara para todos. Era tan rico que, si no lo hacía, le preguntábamos qué había pasado. Las mujeres tomaban mate y charlaban, mientras los hombres jugaban a las cartas.

Era una familia muy unida y que sabían convivir. Nunca escuché una pelea entre ellos, puede que las hubiera, pero nunca lo demostraban públicamente. Aún recuerdo el día que le anuncié a mi abuela Isabel que quería estudiar medicina, y ella le aconsejó a mi madre que no me lo permitiera, ya que las médicas estaban todo el día en la calle, y que yo no era para eso.

¡Cómo olvidar las fiestas en casa de los abuelos, los pasodobles! Mi papá y tío Carlos eran los mejores bailarines, no así el tío Bartolo, al que mucho no le gustaba. En cambio a la abuela le encantaba bailar. Recuerdo su sonrisa, se sentía feliz de que hubiera mucha gente en su casa, y siempre estaba ofreciendo algo. Nunca se quedaba quieta. ¡Qué épocas aquéllas!, llenas de alegría. Para nosotros, los nietos, las Navidades eran un gran evento. ¡Cómo nos divertíamos con los primos, los tíos y los abuelos!

Cuenta mi mamá, que cierta vez vino el cantante Pedrito Rico desde España, entonces ellos lo invitaron a su casa. Le organizaron un recibimiento muy especial, al que no faltó nadie del barrio.

La casa todavía pertenece a la familia, ahora es del tío Carlos, y cada vez que paso me parece ver al abuelo Tomás sentado tomando fresco en la vereda.

Para finalizar, aunque me quedan tantas cosas por contar, quiero que sepan que cada vez que releo estas líneas, se me hace un nudo de emoción en la garganta que me impide continuar. Son los recuerdos, que revuelven tantas cosas y me hacen tomar conciencia de lo grande y hermosa que es mi familia, y especialmente el recuerdo de mi padre, que aunque ya no esté entre nosotros, mi corazón siempre estará con él.

Agradezco a mi mamá y a mis tíos: Bartolo, Herminia y Carlos, que me ayudaron a hacer posible esta historia. A la tía María, “mi segunda madre”, que siempre me aconsejaba, y aunque esté enferma, en otras condiciones hubiera sido muy rica su colaboración. A la tía Isabel, mi madrina, y a la tía Josefa, que siempre nos convidaba con galletitas cuando la visitábamos, y aunque hoy ya no estén en este mundo, siempre las llevaré dentro de mí. Y a todos aquellos que, aún sin haber sido mencionados en esta historia, pertenecen a mi familia.

Gracias abuelo Tomás y abuela Isabel por todo el amor que nos dieron. ¡nunca los olvidaré!

Raquel Norma Avellaneda Terragni